

REPERTORIO AMERICANO

DECENARIO DE LOS INTERESES CONTINENTALES
Editor: J. GARCÍA MONGE.



SAN JOSÉ DE COSTA RICA, JUEVES 30 DE JUNIO DE 1921

Nº 24

Unas vacaciones en Costa Rica

POR NINA WEISINGER

EN marzo pasado, tenía muchas esperanzas de ir a Madrid a repetir el curso de verano para extranjeros y ver en España algunas cosas que omití en el estío de 1914; fortifiqué mis esperanzas asegurándome un pasaporte con tiempo. Impresionada con algunas noticias anteriores publicadas en HISPANIA acerca de un posible curso de verano en Puerto Rico y COSTA RICA, pedí que estos países, y también Cuba, se me incluyeran en el pasaporte. Corrieron los días y mi viaje a España falló. Entonces vinieron noticias nuevas de que no habría labor veraniega en Puerto Rico y COSTA RICA. Pero cierto día de mayo supe que tres jóvenes maestras de la Universidad de Columbus, en Ohio, iban a pasar sus vacaciones a COSTA RICA, descuidadas de los cursos de verano para extranjeros, y me apresuré a invitarlas para acompañarlas. Ellas se embarcaron en Nueva York, en el *Tolosa*, de la United Fruit Co., y yo, en tanto, me les junté en la Zona del Canal, a bordo del *Heredia* de Nueva Orleans a Cristóbal.

El mío fué un delicioso viaje de cinco días por el Golfo y el Caribe. Anclado el barco en Colón, había mucho tiempo para ver las obras del Gran Canal y aun de hacer por él alguna excursión si se quería. Una noche más, y el barco nos trajo a Limón, en donde la mar gruesa nos impidió atracar durante algunas horas. Cuando desembarcamos un tren expreso estaba listo para los pasajeros que iban a San José. Pero pasamos la noche en Limón, deseosas como estábamos de ver con la luz diurna cuanto se pudiera de aquella maravillosa travesía por el escenario encantador que va del cefidor tropical de la costa hasta las regiones perpetuamente primaverales de las tierras altas. Fuí a la retreta que daba la banda municipal en el bonito parque público. Al día siguiente por la mañana, cogimos el tren ordinario en viaje de siete horas a la diminuta capital de la Re-

pública y metrópoli, San José, situada en una meseta como a 4,000 pies sobre el nivel del mar.

El paso siguiente fué conseguir alojamiento en una casa de familia y no de huéspedes; de otro modo no se impregna uno de la atmósfera española y del pensamiento popular. No nos fué difícil alojarnos en familia, como tampoco lo fué para dos maestras más que después llegaron de Nueva York. Las seis nos colocamos en cinco diversas familias de buena posición; algunas de ellas jamás habían tenido antes huéspedes. El camino es llevar una carta de presentación para alguno de los nativos o conocer a alguno que tenga relaciones con familias nativas. Es una experiencia placentera vivir en una familia costarricense. La gente es lo más amable y considerada; la alimentación es buena y abundante, aunque se requiere insinuarse con tacto para obtener variedad y bastantes verduras. En cuestiones de alimentación los nativos creen que son «alimentos» los huevos, la carne, el arroz, los frijoles, las papas y los plátanos, al paso que las frutas y los vegetales son simples *refrescos*. Días más tarde, logré obtener más *refrescos* y menos de los alimentos habituales. Hallé que nada le place más a las patronas costarricenses como que se coma sin restricciones, así como se afligen si uno come poco; de tal modo que comí poco de lo que quería

o me había aburrido y mucho de lo que me placía. En consecuencia, los últimos días de mi estada en la familia, disfruté de una mesa con muchas de las frutas y verduras que siempre abundan en los mercados de la ciudad.

En familia privada las oportunidades de conversar son interminables. Mi familia componíase de la madre, cuatro hijas mayores, dos excelentes sirvientas, y todos los días llegaban visitas numerosas de sus relaciones y amigos. ¿Necesito decir que la conversación es lo usual en los siete días de la semana? ¡Y con qué rapidez! Me atrevo a decir que no hay bajo el sol mujer que mueva la lengua más ligero que la costarricense. Cuando todas a un tiempo hablaban, la práctica era más cabal para mis oídos.

Las escuelas de San José están abiertas todo el tiempo que para nosotros es el estío (y en vacaciones, cuando nos hallamos en el invierno, que corresponde con el *verano* en Costa Rica) y los visitantes son recibidos cordialmente. Nunca he conocido un pueblo que goce más con que le visiten las escuelas. Hay numerosas escuelas públicas, un *Colegio de Señoritas*, y el *Liceo* para los muchachos mayorcitos. En Heredia, siete millas de San José, se halla la hermosa Escuela Normal. A estas escuelas puede asistir el extranjero tanto como guste; maestros y alumnos frecuentemente me preguntaban, en la calle y en otras partes, cuándo volvía.

El aficionado a leer tiene la Biblioteca Nacional, abierta a ciertas horas del día y de la noche, bien surtida de libros en diversas lenguas. Muchas

horas pasé allí, y prueba de ello son mis cuadernos de apuntes. En los libros castellanos hay una buena variedad de escritores clásicos y modernos de España e Hispano-América. Nunca había visto ediciones tan bonitas del Quijote, en formato mayor y con ilustraciones de una página; hay un volumen de las *Doloras* de Campoamor que es un placer examinarlo. Naturalmente no puede compararse esa biblioteca con la famosa de Madrid, pero con ella se honraría una nación más grande que Costa Rica.

€ 500
mensuales regala entre sus clientes la
FERRETERIA
Miguel Macaya y Cía.
en premios de € 50 c/u.

Si el número del tiquete de su compra corresponde a las tres últimas cifras del premio mayor de la lotería, pase por sus cincuenta colones.

Hay luego un Teatro Nacional que diz lo superan solamente los de París, Milán y Buenos Aires. Mientras estuve allá la Compañía Serrador-Marí de la Habana daba funciones, de preferencia comedias nuevas de Benavente y los Quintero. Valía la pena verlas. Siempre me pareció muy singular ver en el teatro, ocupada la platea por hombres tan sólo, que en los entreactos se levantan por unánime consentimiento y salen en fila a tomar refrescos. También los de los palcos nos salimos. Lo que ví era digno de verse: en el bonito corredor—no puedo recordar su nombre—los hombres en pie y recostados a los muros, observaban a las niñas lindamente trajeadas que se paseaban de un extremo al otro.

¿Cines? Para todos los gustos. En su mayoría, provienen las películas de los Estados Unidos, arregladas en inglés y español a un tiempo, y los diversos teatros siempre están llenos. El auditorio con toda libertad aprueba o desaprueba las escenas que pasan. Recuerdo que en *The Heart of Humanity* el villano fué muy escarnecido. La orquesta también toca a instancias del auditorio.

En el Museo Nacional halla el turista numerosas e interesantes colecciones. Gocé mucho con la gran variedad de pájaros disecados y con las antigüedades, alfarería de varias clases principalmente, excavadas de las antiguas tumbas indígenas. De los pájaros había un bonito ejemplar de quetzal, oriundo del país, creo. Se me dijo como construye el nido y en él se aloja, entrando siempre por un lado y saliendo por el otro, de modo que no se ajen las bonitas plumas de la cola. En el observatorio de este Museo vi como registra el seismógrafo los temblores.

En mi país a veces hallé difícil ir los domingos por la mañana a coger la lección bíblica de las diez. Pero en San José a menudo me dieron las ocho en la *misa de tropa*, en la Catedral, a donde llegaba a tiempo de situarme en un asiento extremo de la nave central en la que se colocaba una compañía de soldados con sus rifles y bayonetas. Un domingo pude ver que uno de los soldados, un simple muchacho como otros muchos de ellos, le indicaba a un compañero que yo tenía una hiladilla de oro en mi vestido. Me miró entonces con amable sonrisa, y me imagino que querría cambiar sus vestidos de algodón recién lavados por un uniforme con hiladillas.

Alguna vez recibí la invitación, tristemente orlada de crespón negro o algo parecido a crespón, en que se invitaba a mi familia al más acabado funeral de la temporada en San José. Asistí. Fué una ceremonia considerable. Una alfombra de terciopelo iba desde la puerta principal de la Catedral hasta el cata-

falco tristemente envuelto en paños negros en que permaneció el ataúd durante la ceremonia. Había innumerables cirios y flores, pajecillos con sombreros de pelo y fracs, sacerdotes en suntuosos vestidos, y linda música de órgano y cantos. Como el difunto había sido miembro del Congreso, etc., etc., asistieron al funeral muchos diplomáticos extranjeros. Por completo fué una solemne cuestión de estado.

En la zona que rodea a San José el café es la principal fuente de riqueza, gracias a los españoles que introdujeron la planta de la Habana en 1796. Dos cosas quise mucho ver: un cafetal en flor y uno listo para cosecharlo. Pienso que sólo esos maravillosos huertos de almendro florecidos en California pueden compararse a un *cafetal* cuando todos los arbustos—no son árboles—extienden sus ramas frondosas cubiertas de blancos jazmines de fragancia delicada.

La zona atlántica tiene también sus riquezas propias, la principal entre ellas el banano. Cuando me embarqué en el *Cartago*, de vuelta a los Estados Unidos y a mi trabajo, ese buque se encaminó en otra dirección a cargar bananos. En Almirante estaban listos 30.000 racimos, acomodados en largas filas de carros.

Nunca pude convenir con una característica, no, dos, de Costa Rica.

Fué la primera el *zopilote*, una especie de buitre, que rivaliza con los pobres en lo de estar siempre a la expectativa. Es una ave fea, de aspecto sin gracia y desagradable. Tal vez esto se deba a que es una ave de los basureros. De todos modos, me molestaba ver hacia fuera y hallarme con un *zopilote* o *zopilotes*, encaramados en un techo vecino, tal vez para bajarse al patio, en busca de desperdicios o algo que comer. La otra característica con que no pude reconciliarme fué una personal, muy personal: las pulgas. Que no se ofendieron porque no las quería; al contrario, se manifestaron especialmente inclinadas hacia mí, todo el tiempo, en todas partes. No dejaron de pegárseme una o dos cuando iba al teatro, en donde tenía que soportar sus brincos y sus piquetes durante toda la función.

Ahora, cuando recuerdo mis vacaciones en aquella tierra de perpetua primavera, lindos escenarios por doquiera y vida relativamente barata,—pagaba 100 colones al mes por comida y cuarto, que al cambio del día eran 30 ó 34 dólares.—San José me parece el más deseable lugar — salvo España — para vacaciones de un maestro norteamericano de español.

UNIVERSIDAD DE TEXAS.

(Trad. de *Hispania*, mayo 1921. Stanford University, California).

La educación jesuítica⁽¹⁾

POR MIGUEL DE UNAMUNO

AL hablaros de la reciente novela de Pérez de Ayala «La pata de la raposa» os decía que si un jesuíta inteligente—y los hay muchísimos menos que se cree—leyese aquello de que educan ellos de tal modo que le hacen un tormento la vida al que deja de creer, se sonreiría mefistofélicamente, considerando que ése es precisamente el triunfo de su sistema.

Acaso no faltase lector de mis artículos que al leer lo de que hay muchos menos jesuítas inteligentes que lo que se cree torciera el gesto, porque es ya un lugar común entre ciertas personas lo de la inteligencia jesuítica. Creo, sin embargo, que no hay institución alguna humana que haya vivido más de leyenda que la Compañía de Jesús, y de una leyenda que le han otorgado sus adversarios así como ellos, los jesuítas, han forjado a su vez lo más de la leyenda masónica.

«De riqueza y santidad la mitad de la mitad» suele decirse, y un agudo y malicioso ex-jesuíta, don Miguel Mir, en aquel librito que bajo anónimo escribió sobre la Compañía, emplea

una fórmula parecida al hablar de la ciencia jesuítica. Desde luego mantendría yo lo de riqueza, pues lo de las fabulosas de la Compañía de Jesús me parece otra de las leyendas que sus adversarios forjan y ellos usufructúan. Cuando yo era niño se decía que los cafés suizos, desparramados por toda España, eran de los jesuítas y hoy no es raro oír que es de ellos la Compañía Trasatlántica. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Otra de las leyendas es la de que no se admite en la Compañía si no al que tenga talento para algo. Y a esto no hay sino recordar aquel preciosísimo cuento que en uno de sus amenos libros nos narra el inimitable narrador peruano don Ricardo Palma y es de cuando preguntando un visitante de un colegio de jesuítas al rector del mismo de qué servía un cierto novicio que le pareció bastante bruto, el P. rector le contestó que era, en efecto, el tal novicio torpísimo, pero que ellos no es que no admitieran al que no tuviese talento

(1) Véase el REPERTORIO anterior.

alguno, sino al que no sirviese para algo. Y al preguntarle el visitante para qué podía servir aquel mastuerzo, contestó el superior: «¡Oh!, en cuanto a ese sujeto, le destinamos a mártir del Japón!» Y hay, en efecto, no pocos jesuitas que apenas sirven para otra cosa que para mártires, no ya en el Japón, que se ha civilizado, sino en cualquier tierra de antropófagos.

Lo que hay es que suelen distinguirse en general de los individuos de otras órdenes religiosas en una mejor educación de modales y formas sociales, de urbanidad, pero esto se debe a que proceden, en su mayoría, de familias de clase media o alta, a que hay menos rurales, menos hijos de aldeanos entre ellos. Los más son de pequeñas villas o de ciudades. Y no es en general —claro que con excepciones— del jesuita de quien se puede decir lo de: le huele el alma a santo, el cuerpo a puerco. Mas hasta esto va cambiando entre ellos. Y en todo caso, de ello a la inteligencia va mucho.

Lo que sin duda les distingue y se ha hecho proverbial es su escasez de sentido estético, su mal gusto en artes y literatura. Lo que proviene de que nunca han reconocido al arte un valor substantivo, de que no es el arte para ellos más que un añadido, un adorno, o más bien un señuelo para atraer almas a otro fin: al gran negocio de nuestra salvación. Nadie está más lejos que el jesuita de aquello del arte por el arte, o más bien la belleza por la belleza. La belleza es para ellos algo adjetivo. De donde derivan las deficiencias todas de su educación estética y no pocos vicios, los principales, de su sistema todo de educación.

Al hablaros de aquel Alberto, el protagonista de «La pata de la raposa», a quien los jesuitas educaron inculcándole el miedo a la muerte y el sentimiento del propio ridículo, os dije que acaso le inculcaron algo peor y fué una cierta sensualidad, o por lo menos no supieron defenderle de la que nació con él. Y en la otra novela de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» hay terribles revelaciones a este respecto. Y si no supieron defenderle de la sensualidad es precisamente porque no supieron darle educación estética, artística, ya que nadie da lo que no tiene.

En la sala de recibo de un gran colegio jesuítico había un álbum con reproducciones fotográficas de las estatuas antiguas al desnudo que hay en el museo del Vaticano y un hermanuco de los que allí servían se entretuvo en vestir a las diosas desnudas con una especie de traje de baño en algo así como flanela amarilla. Y en el cuello y puños en vez de terminar el traje en líneas rectas acababa en una especie de piquitos, lo que demuestra que el piadoso hermano hizo de sastre de

aquellas señoras con una especie de delectación morosa. He aquí un suceso tan sugestivo como aquel otro de un noviciado, también de jesuitas, donde se representaba en un cuadro a San Miguel venciendo al Demonio, y éste tenía en una mano un... microscopio!

La mejor defensa contra la sensualidad, aparte de hondas inquietudes y de una sana vida higiénica al aire libre, es, sin duda, una sólida educación estética, en que se tome la belleza por la belleza misma. Don Juan Tenorio, discípulo acaso también de jesuitas, no tenía verdadera afición a ninguna de las artes, me consta. Y los jesuitas,

«Quijote», sobre cuyas llamas saltaban.

Y acaso no deje de tener esto relación con aquello del sentimiento del propio ridículo, de la inutilidad final de todo esfuerzo, de que Alberto nos dijo. Porque si algo representa y vale el «Quijote» en el mundo es la rehabilitación moral y hasta religiosa del ridículo, es la sublimación de lo cómico. El noble Caballero de la Triste Figura padeció la pasión del ridículo y la padeció heroicamente, dió que reir y dando que reir y siendo al parecer vencido es como venció para siempre. Y si algo nos enseña es a afrontar el ridículo.

A un íntimo amigo mío de la infancia que se educó algunos años con los jesuitas le he oído quejarse de que nada le hería más que las pullas del P. Fulano o las bromas, no siempre discretas ni delicadas, del P. Zutano. Y de hecho no creo que haya en pedagogía procedimiento más desastroso y contraproducente a su propósito que el de la burla, como no sea el de excitar la emulación y los celos de los educandos a que también son muy propensos los jesuitas con todo aquello de dividir la clase en cartagineses y romanos y nombrar emperadores de uno y otro bando. Y es así como se les hace por la burla recelosos y suspicaces, y por esa mal entendida emulación, envidiosos. Y es muy difícil que no salga inficionado de esta horrenda peste de la envidia, quien se educó en el seno de una comunidad religiosa, que es donde ella pone sus reales.

Abundan los jesuitas que se las echan de chistosos y llevan su chistosidad hasta el púlpito. ¡Y qué estragos produce esa manía! De todos los géneros de chiste los peores son los que huelen a eructo de refectorio. Porque suelen ser además de groseros, mal intencionados. Y esta torpeza en el chiste mismo, esta falta de verdadera gracia, de gracejo fino, de ironía delicada, débese a deficiencia de educación estética.

En nadie ha tenido, en cambio, más decididos cultivadores de la retórica, el afeite y alifio artificiosos de la palabra. De ellos todos puede decirse lo que F. de Sanctis, en su admirable «Storia della letteratura italiana» dice del P. Segneri y es esto: «no tiene otra seriedad que literaria: adornar y embellecer el lugar común, con citas, ejemplos, parangones y figuras históricas, y por lo tanto desabrido, superficial, vulgar y parlero... Lugar común el concepto, lugares comunes los accesorios. No mira eficazmente a convertir, a persuadir el auditorio; no tiene fe ni ardor apostólico ni unción; no ama a los hombres, no trabaja por su salud o su bien. Tiene en el cerebro una doctrina religiosa y moral pegadiza y hereditaria, no adquirida con el sudor

REPERTORIO AMERICANO

Revista de la prensa castellana y extranjera.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado decenalmente por

J. GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto.....	¢ 0-50
La serie mensual, 3 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	1-25
Para el extranjero, el número suelto.....	\$ 0-15 oro am.
La serie anual (36 entregas)...	4-50 > >
La página de avisos, por inserción.....	20-00 > >

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

al hacer del arte algo adjetivo y añadido, un ornato, o mejor un señuelo, lejos de combatir la sensualidad, la fomentan. ¿Hay acaso nada más sensual, más blando y muellemente sensual que ese culto al Corazón de Jesús por ellos instituido y al que se debe ese horror de imágenes con que han infestado nuestras iglesias? Compárese esa figura...—que no quiero describir por reverencia a Cristo Nuestro Señor— con nuestros viejos Cristos españoles sanguinolentos y exangües, y sobre todo con aquel estupendo de Velázquez. Y compárese las barrocas visiones de la Beata Margarita María de Alacocque con las de Santa Teresa. Y a ésta, a nuestra santa, nunca tuvieron gran afición los jesuitas. ¿Por qué?

Habría que preguntar también por qué los jesuitas—aparte, claro está, excepciones individuales—nunca mostraron entusiasmo alguno por el «Quijote». Y uno que fué de ellos, que fué jesuita, nos ha contado de cierta fiesta en que los novicios al encender hoguera, como en el día de San Juan, lo hicieron quemando un ejemplar del

de su frente, una erudición sacra y profana; nada se mueve allí, todo está fijado en su puesto. Su actividad anda por fuera, en torno a la conducción del discurso y la distribución de las gradaciones, las sombras, la luz y los colores».

Y esa falsa oratoria, ¿cómo la enseñan? Haciendo que cada uno de los seminaristas encomendados a su dirección se ejerciten en ella en el refectorio, mientras los demás comen. Comen y se ríen. Es, sin duda, la ocasión más adecuada para poner en ridículo al aprendiz de orador sagrado. Tratan con ello, como con sus otros procedimientos, de matar el amor propio, acaso el sentimiento mismo del ridículo, pero no consiguen sino sobreexcitarlo y hacerlo enfermizo. QUITAN así a sus educandos el sentimiento de la propia dignidad, del respeto a sí mismos, y sobre todo la fe en sus propias fuerzas y les incapacitan para una vida libre. No osarán nunca nada por no ponerse en ridículo.

En esos mismos seminarios encomendados a la dirección jesuítica le hacen de pronto a un joven educando que improvise un sermón sobre un tema dado, sin más que una hora de preparación, y esto al acabarse el recreo y como continuación de él. Y es, en efecto, un recreo para los otros que se divierten a costa del pobre torturado.

Y en el fondo, de lo que tratan no es de enseñar ciencia sino a lucirla o aparentarla. Y esto porque no creen en la substantividad de la ciencia más que en la del arte. La ciencia para ellos no es sino un instrumento apolo-gético de la verdad católica, es decir: la abogacía. O es un medio de mejorar las condiciones materiales de la vida terrena, es decir: ingeniería. Se dedican a la ciencia, sí, pero o para inventar un freno automático cualquiera o para torcerla poniéndola al servicio del dogma. La ciencia pura, el amor a la verdad por ella misma, el ansia de ensanchar nuestro conocimiento del universo y de la vida, esto no lo conocen, a lo menos entre nosotros. Hay que figurarse lo que debió de sufrir el P. Secchi, que tenía temperamento de hombre de ciencia desinteresada y pura. Y eso que se dedicó a ciencias físicas y astronomía y no a psicología, o a historia o a... teología.

Ingeniería o abogacía; no es para ellos otra cosa la ciencia. O un medio de ganarse aquí abajo, en la vida que pasa, la vida, el negocio terrenal, o un medio de servir al gran negocio de nuestra salvación. Y de aquí el escásimo fruto de los que salen de sus escuelas. Educaban abogados en el peor sentido de esta palabra: sofistas. No es en la investigación, es en la polémica en lo que los adiestran, pues para ellos no es el mundo más que un campo de batalla entre los hijos de la luz

y los de las tinieblas, entre el ejército de Jesús, de que ellos, los jesuítas, son el estado mayor, y el ejército de Belial.

De donde esa infecunda manía polemística que distingue a sus secuaces. Manía que les lleva a desfigurar la verdad, no sólo por amor propio, por ese mismo amor propio de que en vano trataron de curarles por el ridículo, por el amor propio de quedar encima del adversario. Recelo, pues, envidia, sofistería, mala fe, todas las peores cualidades del sofista es lo que se consigue con ese género de educación en que ni la ciencia ni el arte tienen substantividad alguna, sino que aquélla es ingeniería o abogacía y éste ornamento y señuelo.

Agréguese que apenas creen en la vo-

TUS ULTIMAS PALABRAS

*Como conchas sonoras de las playas
yo lavaré tus últimas palabras
en las linfas azules de la fuente
donde el recuerdo vela, llora y siente.*

*Pero como en las conchas de las playas
yo escucharé en tus últimas palabras
con la misericordia de lo eterno
los rumores sin fin de un amor tierno.*

*Y así como las conchas de las playas
vuelcanse a veces y se llenan de agua
también se vuelcan y se llenan de alma,
rosas de amor, tus últimas palabras.*

ROBERTO BRENES MESÉN

cación y suponen que cualquiera sirve para lo que su superior le mande. Hay en su largo noviciado unos años de magisterio y le mandan al novicio, para que se ejercite y adiestre a costa de los discípulos, a explicar en cualquiera de los colegios de que sacan renta cualquier cosa, ahora hebreo —de que acaso no sabe cuatro letras el pobre novicio, teniendo que estudiarlas cuatro o seis horas diarias,— y después, cuando apenas si empezó a conocerlas, geometría analítica o química o historia universal o lo que sea. Y esto a expensas de los alumnos, cuyos padres pagan para que se les enseñe lo mejor posible. Y aun hay más, y es que acaso temen que el pobre novicio aquél se aficiona demasiado a una disciplina científica o literaria cualquiera, que le tome harto apego a una ciencia humana.

Y hay aquí uno de ellos que ha pretendido defender este trasiego de profesores diciendo que cuando se explica mucho tiempo una misma cosa se adocena uno en ella. Y como sucederá lo mismo con toda profesión, resulta, según eso, que los hombres deben estar cambiando de ellas cada media docena de años, ahora abogado, de aquí a seis años médico, dentro de doce fontanero, luego agrimensor, después marino, etc. Y ¿por qué ellos no dejan su

profesión, la de jesuítas, en la que desde el primer día se adocenan?

Todo lo cual produce el resultado de que no hay institutos de enseñanza en que se enseñe peor que los de los jesuítas. Y eso que tienen que pasar sus alumnos por las pruebas oficiales en los establecimientos del estado, lo que obliga a los dichosos padres a prepararlos para el examen y esto —justo es confesarlo—no lo hacen del todo mal.

Les empapizan las lecciones y luego los muchachos nos las recitan todos igual, todos al mismo tono y bajo el mismo patrón. Hay que aprobarlos y hasta darles nota, pero sale uno de tales exámenes con el ánimo contristado.

Y para final allá va un sucedido. Examinaba yo hace ya unos años, de metafísica a unos alumnos de jesuítas y uno de ellos empezara a decirme: «Dice Spencer que...» siguiendo con algo que no era exacto, hubo de atarle diciéndole: «eh, cuidado, cuidado, que Spencer no dice semejante cosa». Repúsose al punto el mozo y me replicó: «Bueno, pues dice el P. Mendive, que dice Spencer...» A lo que repliqué: «¡Eso ya es otra cosa!» Y en esto están los más de los alumnos de los jesuítas, en que dice el P. Fulano, que dice Zutano.

¿Y las disensiones doctrinales entre el P. Tal y el P. Cual? ¿aquel inventar ridículas distinciones para jugar a la independencia de criterio? «In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnia caritas», en lo necesario unidad, en lo dudoso libertad, y caridad en todo. Y al ensanchar lo necesario cercándolo con un ar de hierro, han tenido que multiplicar lo dudoso para jugar a la libertad. ¡Triste juego! ¡Triste juego ese de las discrepancias entre el P. Tal y el P. Cual!

En ese juego no se ennoblecerá el alma pero se exacerban el bajo amor propio y la envidia, esta plaga de las comunidades religiosas. Y lo que apenas se ve es la caridad en todo.

Y basta por hoy que esto sería el cuento de nunca acabar.

Si estas dos novelas de Pérez de Ayala, «A. M. D. G.» y «La pata de la raposa» provocaran una crítica de la educación jesuítica y de la educación dada por órdenes religiosas en general —ya que todas tienden a jesuitizarse al respecto—una crítica, sin pasión sectaria, sin odio a la religión, serena pero implacable, sin mirar más que el aspecto pedagógico, si estas novelas provocaran tal cosa habrían sido columnas miliares en nuestra producción literaria.

Aparte, claro, su excelencia artística y hasta poética, que quedará siempre por encima de todo.

(La Nación, Buenos Aires.)